

**Real decreto.**

Conforme al parecer de mi Consejo de Ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Se convocan las Cortes del Reino para el 30 del presente mes de Octubre. Los Senadores y Diputados se reunirán al efecto en la capital de la Monarquía.

Dado en Palacio á 6 de Octubre de 1849. —Está rubricado de la Real mano.—El Presidente del Consejo de Ministros, el Duque de Valencia.

**MINISTERIO DE LA GUERRA.**

**Reales decretos.**

Tomando en consideracion la renuncia que ha hecho del cargo de director jeneral de infantería el teniente jeneral D. Fernando Fernandez de Córdoba, jeneral en jefe del cuerpo de ejército expedicionario en los Estados Pontificios, fundándose en que la distancia á que se encuentra le impide ocuparse de las importantes y graves obligaciones que el desempeño de aquel cargo le imponen, he venido en admitírsela, quedando sumamente satisfecha del celo que le distingue y del acierto y utilidad conocida del servicio del Estado con que lo ha desempeñado.

Dado en Palacio á 8 de Octubre de 1849. —Está rubricado de la Real mano.—El Ministro de la Guerra, Francisco de Paula Figueras.

Atendiendo al mérito, servicios, conocimientos y demas recomendables circunstancias que concurren en el teniente jeneral D. Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, vengo en nombrarle director jeneral de infantería.

Dado en Palacio á 8 de Octubre de 1849. —Está rubricado de la Real mano.—El Ministro de la Guerra, Francisco de Paula Figueras.

**Real orden.**

Excmo. Sr. Por Real decreto de esta fecha ha sido nombrado director jeneral de infantería el teniente jeneral D. Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena: en su consecuencia, la Reina (Q. D. G.), al mismo tiempo que se ha servido mandar cese V. E. en el despacho interino de dicha direccion, me ordena decirle queda muy satisfecha del celo, laboriosidad y acierto con que V. E. ha desempeñado el referido cargo, y que le concede el cuartel para esta corte, interin utiliza sus servicios.

De Real orden lo digo á V. E. para su conocimiento. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 8 de Octubre de 1849.—Figueras.—Sr. mariscal de campo D. Ramon Boigues, encargado interinamente del despacho de la direccion jeneral de infantería.

(C. de U.)

**MINISTERIO DE MARINA.**

**Reales decretos.**

He venido en admitir la dimision que ha hecho el Teniente Jeneral de la Armada Don José Primo de Rivera del cargo de Capitan Jeneral del departamento de marina de Cádiz.

Dado en Palacio á 23 de Setiembre de 1849.—Está rubricado de la Real mano.—El Ministro de Marina, El Marques de Molins.

Habiendo tenido por conveniente admitir la renuncia que ha hecho el Teniente Jeneral de la Armada D. José Primo de Rivera de la Capitanía jeneral del departamento de marina de Cádiz, vengo en nombrar para que lo reemplace en el referido encargo al Jefe de escuadra D. Casimiro Vigodet, en consideracion á sus méritos, servicios y circunstancias.

Dado en Palacio á 24 de Setiembre de 1849.—Está rubricado de la Real mano.—El Ministro de Marina, El Marques de Molins.

**MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.**

Señora: Suspensa la provision de prebendas por Real orden de 10 de Enero de 1837, reproducida con fuerza de ley en el decreto de las Cortes de 21 de Febrero del mismo año, el clero catedral, despues de un largo transcurso de tiempo, ha venido á tal grado de reduccion, que en la mayor parte de las iglesias catedrales se han resentido y resienten mas cada dia las necesidades y hasta el esplendor del culto, lo que no una vez sola ha llamado la piadosa atencion de V. M., y aunque sin el resultado por todos apetecido, de la del Gobierno y de las Cortes.

Hoy, Señora, las circunstancias permiten en este punto lo que hasta ahora habia dificultado la acerbidad de los tiempos; y el estado en que se encuentran las negociaciones eclesiásticas, las felices disposiciones y carácter conciliador del digno representante del Sumo Pontífice, cerca de V. M., y la autorizacion dada al Gobierno por la ley de 8 de Mayo del presente año, facilitan el medio de acudir á una necesidad perentoria, y de hacer ver á la Igle-

sia de España que toca á su término la angustiosa situacion en que la habia colocado la fuerza de los acontecimientos, con no menos dolor de un pueblo de creyentes que del corazon magnánimo y piadoso de V. M.

Otemperando á sus elevados impulsos, han sido aconsejadas á V. M., y V. M. se ha dignado autorizar de algun tiempo á esta parte determinaciones altamente reparadoras, á que en breve seguirán las que han de poner fin á la ansiedad religiosa y á las necesidades de la Iglesia.

Entre ellas hay algunas de primera urgencia, y que pueden ser satisfechas sin esperar el arreglo final de los asuntos eclesiásticos. Tal es la provision de las prebendas de oficio, pues que siempre ha de haberlas sin alteracion sustancial en su número, obligaciones y forma. La oposicion á ellas, no solo dará por resultado el remedio de una necesidad, sino el conocimiento práctico y seguro de un clero de ciencia, celo y virtud probada que será grato á V. M. poder utilizar en las provisiones sucesivas, ya que la virtud y el mérito positivo han de ser en adelante los únicos títulos que faciliten la entrada en los cabildos, asi como son el medio de que estos correspondan á lo que en la época actual reclaman las atenciones combinadas de la Iglesia y del Estado.

Fundado en estas consideraciones, el Ministro que suscribe es de dictámen que se abra desde luego oposicion á todas las prebendas de oficio vacantes en aquellas iglesias catedrales donde asi lo reclamen las necesidades perentorias de las mismas, y á este fin tiene el honor de someter á la aprobacion de V. M. el siguiente proyecto de decreto.

Madrid 24 de Setiembre de 1849.—Señora.—A L. R. P. de V. M.—Lorenzo Arrazola.

**Reales decretos.**

Teniendo presentes las razones manifestadas en la esposicion que precede, vengo en decretar:

Artículo 1º No obstante lo dispuesto en el artículo 6º de la ley de 21 de Febrero de 1837 y en el 1º de la ley provisional de dotacion de culto y clero, se abrirá desde luego oposicion á las prebendas de oficio vacantes en todas aquellas iglesias catedrales en que asi lo reclamaren perentoriamente las atenciones de las mismas, á juicio de Mi Gobierno, observándose al efecto las disposiciones canónicas y civiles vijentes, y las prácticas recibidas en las respectivas iglesias.

en los capítulos anteriores, me conduce naturalmente á otra harto difícil ya de suyo, y que además ha llegado á ser en extremo espinosa á causa de las muchas preocupaciones que la rodean. Hablo de la tolerancia en materias religiosas. Para ciertos hombres la palabra Catolicismo es sinónimo de intolerancia; y es tal el embrollo de ideas en este punto, que es tarea trabajosa el empeño de aclarárselas. Basta pronunciar el nombre de intolerancia, para que el ánimo de algunas personas se sienta asaltado de toda clase de ideas létricas y horrosas. La lejislacion, las instituciones, los hombres de los tiempos pasados, todo es condenado sin apelacion, al menor asomo que se descubre de intolerancia. Las causas que á esto contribuyen son varias; pero si se quiere señalar la principal, se podria repetir la profunda sentencia de Caton, cuando acusado á la edad de 86 años, de no sé qué delitos de su vida, en épocas muy anteriores, dijo: "Difícil es dar cuenta de la propia conducta á hombres de otro siglo del en que uno ha vivido."

Cuando hay, sobre las que no es posible formar juicio acertado, sin poseer, no solo el conocimiento, sino un sentimiento vivo de la época en que se realizaron. ¿Y cuántos son los hombres capaces de llegar á este punto? Pocos son los que consiguen poner su entendimiento á cubierto del influjo de la atmósfera que los circunda; pero todavía son menos los que lo alcanzan con respecto al corazon. Cabalmente el siglo en que vivimos es el reverso de los siglos de la intolerancia, y hé aqui la primera dificultad que ocurre en la discusion de esta clase de cuestiones.

El acaloramiento y la mala fe de algunos que las examinaron, han tenido tambien no escasa parte en el estorbo de la opinion. Nada existe en el mundo que no pueda desacreditarse si no se mira mas que por un lado; porque las cosas miradas así, son falsas, ó en otros términos, no son ellas mismas. Todo cuerpo tiene tres dimensiones: quien no atiende mas que á una, no se forma idea del cuerpo, sino de una cantidad que es muy diferente de él. Tomad una institucion cualquiera, la mas justa, la mas útil que podais imaginar; proponed examinarla bajo el aspecto de los males é inconvenientes que haya acarreado, cui-

dando de agrupar en pocas páginas lo que en realidad está desparramado en muchos siglos. Su historia resultará repugnante, negra, digna de execracion. Dejad que un amante de la democracia os pinte en breve cuadro, y con hechos históricos, los males é inconvenientes de la monarquía, y los vicios y crímenes de los monarcas; ¿qué parece entonces la monarquía? Pero, á un amante de esta, dejadle que á su vez pueda retrataros tambien con hechos históricos, la democracia y los demagogos; ¿qué resulta entonces la democracia? Reunid en un cuadro los males acarreados por el mucho adelanto de los pueblos; la civilizacion y la cultura os parecerán detestables. Andando en busca de hechos en los fastos del espíritu humano, se puede hacer de la historia de la ciencia, la historia de la locura, y hasta del crimen. Acumulando los accidentes funestos ocasionados por los profesores del arte de curar, se puede presentar esta profesion benéfica, como la carrera del homicidio. En una palabra: todo se puede falsear procediendo de esta suerte. Dios mismo se nos ofrecerá como un monstruo de crueldad y tiranía, si haciendo abstraccion de su bondad, de su sabiduría, de su justicia, no atendemos á otra cosa que á los males que presenciamos en un mundo, creado por su poder, y sujeto á su providencia.

Apliquemos estos principios. Si dejando á parte el espíritu de los tiempos, de circunstancias particulares de un orden de cosas del todo diferente, se nos hace la historia de la intolerancia religiosa de los católicos, cuidando de que los rigores de Fernando é Isabel, de Felipe II, de la reina Maria de Inglaterra, de Luis XIV, y todo lo acontecido en el espacio de tres siglos se vean reunidos en pocas páginas, y con los colores tan recargados como posible sea; el lector que recibe en pocos momentos la impresion de sucesos que se anduvieron realizando en trescientos años, el lector que viviendo en una sociedad donde las cárceles se van convirtiendo en casas de recreo, y donde es vivamente combatida la pena de muerte, ve delante de sus ojos tanto látrego calabozo, aparatos de tormento, sambanitos y hogueras, siente latir vivamente su corazon, llora sobre el infortunio de los desgraciados que pe-

recen, y se indigna contra los autores de lo que él apellida horribles atrocidades. Nada se le ha dicho al cándido lector de los principios y de la conducta de los protestantes en la misma época, nada se le ha recordado de la crueldad de Enrique VIII, y de Isabel de Inglaterra, y así todo su odio se concentra sobre los católicos, y se acostumbra á mirar el Catolicismo como una religion de tiranía y de sangre. Pero el juicio que de ahí se firme, ¿será recto? ¿será un fallo dado con pleno conocimiento de causa? Veamos lo que haríamos al encontrar un negro cuadro, tal como se ha indicado mas arriba, sobre la monarquía, sobre la democracia, sobre la civilizacion, sobre la ciencia, sobre las profesiones mas benéficas. Lo que haríamos, ó el menos lo que ciertamente deberíamos hacer, seria extender mas allá nuestra vista, volver el objeto mirándole en sus diferentes caras, atender á los bienes despues de habernos hecho cargo de los males: disminuir la impresion que estos nos han causado y considerarlos como fueron en sí, es decir, distribuidos á grandes distancias en el curso de los siglos; en una palabra, procurariamos ser justos tomando en nuestras manos la balanza para pesar el bien y el mal, para compararlos, como debe hacerse siempre que se trate de apreciar debidamente las cosas en la historia de la humanidad. Lo propio se habria de ejecutar en el caso en cuestion, para precaverse contra el error á que conducen las falsas relaciones, y la exajeracion de ciertos hechos, cuyo objeto evidente ha sido falsear los hechos, no presentándolos sino por un lado. Ahora no existe la Inquisicion, y por cierto que no hay probabilidades de que se restablezca; no existen tampoco las leyes severas que sobre este particular rejian en otros tiempos; ó estan abrogadas, ó han caido en desuso; y así nadie puede tener un interés en que se las mire bajo un punto de vista falso. Concébase que para algunos existiese ese interés, mientras se trató de hacerles la guerra con la mira de destruirlos; pero una vez logrado el objeto, la Inquisicion y esas leyes son un hecho histórico que conviene examinar con detenimiento é imparcialidad.

(Continuará.)